

LA LECCIÓN DE CANTO

*Katherine Mansfield*¹³

Desesperada, con una desesperación gélida e hiriente que se clavaba en el corazón como una navaja traidora, la señorita Meadows, con toga y birrete y portando una pequeña batuta, avanzó rápidamente por los fríos pasillos que conducían a la sala de música. Niñas de todas las edades, sonrosadas a causa del aire fresco, y alborotadas con la alegre excitación que produce llegar corriendo a la escuela una espléndida mañana de otoño, pasaban corriendo, precipitadas, empujándose. Desde el fondo de las aulas llegaba el resonar de las voces. Sonó una campana, una voz que parecía la de un pajarillo llamó: «Muriel». Y luego se oyó un

13. Katherine Mansfield, la autora británica nacida en Nueva Zelanda (1888-1923), está considerada una de las grandes figuras del relato breve contemporáneo. A los 18 años se instaló en Londres para estudiar música y abrirse camino como escritora. Aquejada de tuberculosis, pasó los últimos cinco años de su vida buscando un remedio para su enfermedad y escribiendo relatos de carácter poético, delicado e irónico que se caracterizan por su capacidad de plasmar las emociones y los estados de ánimo del ser humano, y que revelan los conflictos internos que éste ha de afrontar y resolver. Entre sus libros de cuentos destacan *Felicidad* (1920), una serie de historias en las que la autora evoca su tierra natal, y *Fiesta en el jardín* (1922), considerada su mejor obra, y a la que pertenece el relato elegido.

tremendo golpe en la escalera, seguido de un *clong, clong, clong*. Alguien había dejado caer las pesas de gimnasia.

La profesora de ciencias interceptó a la señorita Meadows.

—Buenos días —exclamó con su pronunciación afectada y dulzona—. ¡Qué frío!, ¿verdad? Parece que ya estamos en invierno.

Pero la señorita Meadows, herida como estaba por aquel puñal traicionero, contempló con odio a la profesora de ciencias. Todo en aquella mujer era almibarado, pálido, meloso. No le hubiera sorprendido lo más mínimo ver a una abeja prendida en la maraña de su pelo rubio.

—Hace un frío que pela —respondió la señorita Meadows, taciturna.

La otra le dirigió una de su sonrisa dulzona.

—Pues tú parece que estás helada —dijo.

Sus ojos azules se abrieron enormemente, y en ellos apareció un destello burlón. (¿Se habría dado cuenta de algo?)

—No, no tanto —respondió la señorita Meadows, dirigiendo a la profesora de ciencias una rápida mueca en respuesta a su sonrisa, y prosiguiendo su camino...

Las clases de cuarto, quinto y sexto estaban congregadas en la sala de música. Y la algarabía que armaban era ensordecedora. En la tarima, junto al piano, estaba Mary Beazley, la preferida de la señorita Meadows, que tocaba los acompañamientos. Estaba girando el atril cuando descubrió a la señorita Meadows y gritó un fuerte «;Sssshhhh! ¡chicas!», mientras la señorita Meadows, con las manos metidas en las mangas de la toga y la batuta bajo el brazo, bajaba por el pasillo central, subía los peldaños de la ta-

rima, se giraba bruscamente, tomaba el atril de latón, lo ajustaba frente a ella y daba dos golpes secos con la batuta pidiendo silencio.

—¡Silencio, por favor! ¡Cállense ahora mismo!

Y, sin mirar a nadie en particular, paseó su mirada por aquel mar de blusas de franela, de relucientes y sonrosadas manos y caras, de lacitos en el pelo que se estremecían como mariposas, y libros de música abiertos. Sabía perfectamente lo que estaban pensando. «La Meady está de mal humor». ¡Muy bien, que pensasen lo que les viniese en gana! Sus pestañas parpadearon; echó la cabeza atrás desafiándolas. ¿Qué podían importar los pensamientos de aquellas criaturas a alguien que estaba mortalmente herida con una navaja clavada en el corazón, en el corazón, a causa de aquella carta...?

«Cada vez presiento con mayor nitidez que nuestro matrimonio sería un error. Y no es que no te quiera. Te quiero con todas las fuerzas con las que soy capaz de amar a una mujer, pero, a decir verdad, he llegado a la conclusión de que no tengo vocación de hombre casado, y la idea de formar un hogar no hace mas que...» y la palabra estaba tachada y en su lugar había escrito «apesadumbrarme».

¡Basil! La señorita Meadows se acercó al piano. Y Mary Beazley, que había estado esperando aquel instante, hizo una inclinación; sus rizos le cayeron sobre las mejillas mientras susurraba:

—Buenos días, señorita Meadows.

Y, más que darle, le ofrendaba un maravilloso crisantemo amarillo. Aquel pequeño rito de la flor se repetía desde hacía mucho tiempo, al menos un trimestre y medio. Ya formaba

parte de la lección con la misma entidad, por ejemplo, que abrir el piano. Pero aquella mañana, en lugar de tomarlo, en lugar de ponérselo en el cinto mientras se inclinaba junto a Mary y decía: «Gracias, Mary. ¡Qué maravilla! Busca la página treinta y dos», el horror de Mary no tuvo límites cuando la señorita Meadows ignoró totalmente el crisantemo, no respondió a su saludo y dijo con voz gélida:

—Página catorce, por favor, y marca bien los acentos.

¡Qué momento de confusión! Mary se ruborizó hasta que unas lágrimas le asomaron a los ojos, pero la señorita Meadows se había vuelto junto al atril, y su voz resonó por toda la sala:

—Página catorce. Vamos a empezar por la página catorce. Un lamento. A ver, niñas, ya deberían saberlo de memoria. Vamos a cantarlo todas juntas, no por partes, sino todo seguido. Y sin expresión. Quiero que lo canten sencillamente, marcando el compás con la mano izquierda.

Levantó la batuta y dio dos golpecitos en el atril. Mary atacó los acordes iniciales; todas las manos izquierdas se pusieron a oscilar en el aire, y aquellas voceillas chillonas, juveniles, empezaron a cantar lóbregamente:

*¡Presto! Oh, cuán presto se marchitan las rosas del placer;
qué pronto cede el otoño ante el lóbrego invierno.
¡Fugaz! Qué fugaz la alegría musical se quiere volver
alejándose del oído que la sigue con su desdén tan tierno.*

¡Dios mío, no había nada más trágico que aquel lamento! Cada nota era un suspiro, un sollozo, un gemido de